

que llegó a ser en Europa la señal de la guerra o de la paz. El poder de España rayó tan alto entonces, que cuando sus naves cruzaban el océano, llenas de capitanes o tesoros, se decía que iban a conquistas o que venían de ellas, y en las islas más remotas su nombre era el temido. Tuvo virreyes por súbditos, imperios por provincias, paralelos al Ecuador y meridianos por unidad de medida, y dos mundos en que asentar sus pies.

El último esplendor de las letras, bien que vivísimo aún, fué en tiempo de Felipe IV, príncipe más amigo de las delicias de la corte que del afán del gabinete, y que si no alcanzó malgastar toda su herencia de gloria, fué sólo por lo rica; vino después la decadencia: Carlos II lo que hizo fué morir sin fruto y legar una guerra de sucesión; y en cuanto a los Borbones, salvo Felipe V, por el estímulo que dió a la fundación de varias sociedades y academias, entre ellas la de la Lengua, aprobada en 1713, y la de la Historia en 1738, y sobre todo Carlos III, que infundió su grande espíritu a cuanto le rodeaba y que, al propio tiempo que sonreía a las buenas letras, creaba cátedras de derecho público y fomentaba los estudios económicos, los demás reyes, o carecieron de ocasión o no tuvieron aliento para dar vitalidad propia y conveniente a un cuerpo inmenso social que había entrado en postración.

De ninguna manera vaya a entenderse que España ha dormido en los estudios. Esto no fué sino un cotejo con la edad de oro. Lo contrario ha sucedido, mayormente en este siglo, en que el ardor de saber y el cultivo de la lengua han tocado a una altura que honra a la nación. Se lleva por muchos el lirismo de la oda a un punto verdaderamente pindárico, hasta dar a alguno de ellos el laurel. Reaparece con toda su pompa y donosura en las obras del Duque de Rivas el romance de los antiguos Cancioneros y Florestas, de Góngora y de Lope, así en el ligero octosilabo como en el grave verso heroico, por medio del cual vuelven otra vez a la memoria los alardes vistosos hechos en las plazas de Burgos la real, y las danzas amorosas en los salones de la Alhambra. Ruy Díaz que ennoblece con su sangre a tantos reyes, y el rey Bucar, que huye sólo de una sombra; así como la alta bizarría de los antiguos caballeros castellanos, criados en buenos respetos, y que amaban la guerra por la honra y la honra por las damas, al par que los juegos moriscos en la Vega de Granada, para ostentar en cuadrillas entrelazadas y airosas, y delante de ojos a quienes no pesaba de ello, destreza y gala, divisas y letras, y capellares, alquiceles y marlotas. El drama, ya regularizado desde el tiempo de Moratín, se despoja de viejos resabios, deja la concha para quedarse con la almendra; y entre otros, en Bretón de los Herreros, honra de un Cuerpo ilustre que le honra a él también, es tanta la naturalidad, que los retratos salen limpios como de espejo; y tal es el candor, la gracia y

la soltura, que el autor burla sin mofa, el que lee ríe sin saña, y hay velo para el decoro, chistes para el donaire y bromas finas y urbanas en que va la corrección y no el veneno. En las Vidas de Quintana se nota el desenfado y la filosofía de Plutarco, con más lima, eso sí, y más al tiempo; la manera gentil de Melo, que trabajaba siempre al torno, y la frase heráldica y cuidadosamente sencilla de Mariana, que no envejece nunca. Memorias hay donde la obra es de talla; y crónicas, algunas de ellas de tinte caballeresco y referentes a tiempos remotos, donde se ven los trajes, los usos, el lenguaje, el escudo de armas, el relieve y hasta el polvo nobiliario del siglo...

Fermín Toro, diplomata intachable y hombre de justicia, representa entre nosotros la medida en el decir, sin arrebatos retóricos, la voluntad que sabe imponerse al ímpetu de las pasiones, tan frecuentes en nuestro temperamento tropical, el dominio de la razón sobre la sensibilidad desordenada. De allí que riese del fantasma romántico que encontrara lacrimante en uno de sus paseos nocturnos por la Caracas de antaño, aunque hurgando un tanto en su alma vislumbráramos, en el fondo, al sentimental desengañado, sobre el cual hubiera pasado sin alterar la calma de la superficie, la melancolía voluptuosa de Chateaubriand.

Tal acaso le veamos en estas impresiones, extractadas de su carta a un amigo, de un baile en la España de Isabel II, en la que fué el cumplido caballero de América, sin gestos de exhibicionista de plaza pública ni de trepador de escaleras cortesanías. Hasta esa noche, en el jardín florido de la Reina, había sido Fermín Toro adorador del tipo de civilización británica y de la ideal beldad inglesa, pero la mujer española le sedujo con sus hermosuras y gracias encantadoras, revelándole a la vez el sentido más profundo de la raza, que mejor que en la reflexión y en el ascenso a las cimas de la inteligencia, suele manifestarse en la contemplación ingenua o amorosa de la belleza femenina, como símbolo

eterno de la familia humana a que pertenecemos:

... Vagué por el jardín. En él no había noche: era de día. En algunas alamedas se veían corros de damas y caballeros que huían del baile, aquellas agrupándose, como las Gracias, bajo los bosquecillos de arrayán; éstos a fuer de finos y galantes sirviéndolas, y admirando sus poderosos encantos: unos y otros luciéndose de ingeniosos y entendidos. Alguna alameda lejana o solitario bosquecillo veían vagar una que otra dama romántica y silenciosa. Una divisé de pálida frente y mirar lánguido que llevaba una corona de moradas pasionarias, símbolo de un tierno y temprano padecer; otra recostada al tronco de un álamo y que poniéndose una mano sobre el corazón repetía a una amiga que tenía al lado, aquella sentida querella del lírico italiano:

Sentirsi o dei, morir  
E non poder mai dir:  
Morir mi sento!

Cierto, dije para mí, es imposible no sentir, en una noche tan bella y tan apacible, a la luz de las estrellas y en medio de tantos objetos seductores, la necesidad de amar. Si, amar es vivir, y es vivir la vida del bienaventurado, mientras los goces no mancillan el alma, ni depravan los sentidos.

Corrían entretanto las horas, y en los intermedios que dejaban los rigodones, hacían damas y caballeros frecuentes paseos a la gran galería de la estufa, donde un rico ambigú ofrecía al gusto y a la vista gratos y exquisitos objetos. Al otro lado del jardín en un hermoso cenador, estaba la gran mesa donde se servían con profusión los más deliciosos sorbetes y otras bebidas refrigerantes. Todo era magnífico y suntuoso, todo bello, todo arrebatador, y a no ser que la fuerza humana flaquea en todo, allí habríamos visto sin fastidio nacer un sol y otro sol.

Pobres mortales, hasta el placer nos mata. Los sentidos fatigados experimentaban ya la necesidad de huir del ruido y de la luz, para entregarse al reposo de las

**QUIEN HABLA DE LA**

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

**CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO**  
**Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES**

<p><b>CERVEZAS</b></p> <p>ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.</p>	<p><b>FABRICA:</b></p> <p><b>REFRESCOS</b></p> <p>KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.</p>	<p><b>SIROPES</b></p> <p>GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.</p>
---	--	--

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas  
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

**SAN JOSÉ — COSTA RICA**